

CAPITULO LXXVIII.

Ardides de Mogica.

No tardó Mogica en saber que acechaba sus pasos Rol-
dan, y como le conocia lo bastante para saber que
lograria con maña destruir sus proyectos, apresuró
el momento de realizarlos.

Anacaona no era ni su sombra.

Habia sufrido demasiado desde que los españoles habian
llegado por primera vez á su hermoso país, y las desgracias,
más que el tiempo, habian impreso sus tristes huellas en su
rostro.

Fijándose un instante en las situaciones por que habia pa-
sado la pobre reina, no podia ménos de sentir el alma com-
pasion hácia su infortunio.

Hija de uno de los más poderosos caciques, envidiada por
su belleza, festejada por todo el mundo, habia logrado inspi-
rar amor á un hombre valeroso, que al llegar á sus Estados
desde el país de los caribes, habia logrado poner freno á los
enemigos de los alrededores y habia sembrado el ramo de oli-
va en aquella deliciosa comarca.

Todo les sonreia.

Los cuatro reyes que gobernaban el territorio consideraban
como su jefe á Anacaona y se miraban en sus ojos, que eran
espejo de su felicidad.

De pronto aquellos risueños horizontes que la rodeaban

habian desaparecido, y negras y pobladas nubes, que concen-
traban en su seno la tempestad, cambiaron por completo el
estado de su ánimo.

La Providencia habia querido que presenciase el horrible
espectáculo de la ruina de su raza.

Veia á sus piés el cetro hecho pedazos.

Tres tumbas encerraban los restos de tres reyes.

Caonabo, su esposo, en poder del extranjero, estaba á gran
distancia, y Guaorocaya yacía aprisionado en las mazmorras
de los españoles.

Destrozado su ejército en una y otra lid, asolados sus cam-
pos, destruida la paz de las familias, seducidas las vírgenes,
ultrajadas las esposas, mancillados los hombres, aquel encan-
tador país, que parecia á los españoles el Paraíso, se habia
trocado en un infierno, y sus abrasadoras llamas mortificaban
incesantemente à aquella gran mujer.

¿Qué era sino una pobre esclava?

En medio de su desventura, veia á su hija feliz, creia de
buena fe las palabras de Hernando de Guevara y de Bartolo-
mé Colon, y suponía á su esposo en la corte de España sien-
do objeto de los mayores agasajos.

Este era su único consuelo.

Pobre y triste consuelo para aquella mujer, que hubiera
dado por la libertad de su esposo, por la compañía de Higua-
namota, no su cetro, sino todos los cetros de la tierra, si hu-
bieran estado en sus manos.

Sentia abandonar á su patria; pero habia algo en su corazon
que la incitaba á partir, porque se veia completamente sola,
y necesitaba volver á hallar su amor y su alegría en Caonabo
y en su hija.

Dando fe á las palabras de Mogica, esperaba de un mo-
mento á otro en su palacio de Xaragua la hora de su partida.

El jefe de los rebeldes, teniendo noticia por sus espías de que se acercaba Roldan, apresuró la realizacion de sus deseos.

Llegó con sus soldados à la morada de Anacaona, los situó diestramente para que pudieran anunciarle con tiempo la llegada de su perseguidor y para que, en caso necesario, pudieran defenderle, y seguro de la impunidad, se acercó á la infortunada reina.

—¿Estais resuelta á partir? le dijo.

—Sí lo estoy.

—Y yo á cumplir mi palabra, aun cuando necesitemos vencer muchas dificultades, porque se nos vigila, y ha dado el almirante la órden de que no se te deje salir de la isla. Tal vez sea necesario que nos alejemos de Xaragua para librarnos de Roldan, á quien el almirante, ignorando la venganza que desea tomar de tí, ha dado el encargo de vigilarte y de impedir que te lleve á mi lado.

—¡Ese hombre infame me persigue!

—Sí, ha jurado tu exterminio; pero no temas, yo te defenderé.

—¿Qué sentimiento, preguntó Anacaona, te impulsa á hacer ese sacrificio por mí?

—Déjame que lo oculté, dijo Mogica.

—No, es necesario que yo lo sepa. Tú veniste con Roldan pretextando que vuestro jefe os enviaba penetrar en mis dominios, y como él, destruiste la paz que aquí reinaba. ¿Por qué ese cambio?

—Si te empeñas en descubrir el móvil que me guía, yo te confiaré los secretos de mi corazón.

—Habla, habla: es preciso, yo lo quiero, yo lo pido.

—Pues bien, dijo Mogica, resuelto á jugar el todo por el todo. Voy á descórrer á tus ojos la verdad de tu situacion, la verdad de la mia.

Anacaona, poseída de un doloroso presentimiento, le escuchaba con temor y ansiedad.

—Te han engañado, dijo Mogica. ¿Tú crees que los españoles te estiman?

—Sí.

—¿Crees que han llevado á tu esposo á España, y que allí es el objeto del aprecio de los reyes, de la admiracion de los españoles?

—Sí, sí; me lo han asegurado.

—¡Desgraciada!

—Pues qué, ¿no es cierto?

—No.

—¿Qué dices? Habla, exclamó Anacaona, cogiendo maquinalmente la mano de Mogica y alentándole á que le confiara la verdad.

—Repito que te han engañado villanamente.

—No es posible: Hernando de Guevara, el esposo de mi hija, no ha podido engañarme.

—El es cómplice de los españoles.

—No, no puede ser. Si así fuera, no habria inspirado á mi hija el amor que ha sentido por él.

—Tu hija será su víctima.

—¡Calla!... ¡Calla! No despedaces de esa manera mi corazón.

—Tú me has pedido la verdad, y la verdad te digo. Armate de valor y escucha.

Caonabo salió con el almirante para España: en medio del camino se acabaron los víveres á los españoles, y en aquella angustiosa situacion resolvieron matar á los indios para satisfacer sus necesidades.

Los indios lo supieron, y una mujer, una reina caribe que habia sido aprisionada por los españoles, y que al hallar à

bordo á Caonabo se prendó de él, incitó á todos los indios á la rebelion. En medio del silencio de la noche, cuando rugia en el espacio la tempestad, rompió las cadenas que sujetaban á Caonabo, guió á los indios, los lanzó sobre sus enemigos; pero sus tentativas fueron inútiles, y Caonabo y sus hermanos murieron en la lid. La reina caribe quiso huir, precipitándose en las olas; uno de los soldados disparó su arcabuz, atravesó su pecho, y tiñó con su sangre el agua del mar.

—¡Oh, qué horror! exclamó Anacaona, poseida de un inmenso dolor. Pero no puede ser. ¿Por qué te complaces en engañarme? y si es cierto, ¿qué móvil te guía á matar la ilusion en mi pecho? Sí, en medio de mis desventuras, yo era feliz, porque pensaba en la fortuna que Caonabo habia alcanzado en España; porque gozaba en la felicidad de mi hija; porque soñaba verla algun dia, estrecharla en mis brazos, inundando así de alegría mi corazon. . . . ¿Pero quién me asegura que son ciertas las noticias que acabas de darme?

—Oye, Anacaona, oye: perdóname que turbe tu dolor con una confesion. Te hablo así porque te compadezco, porque me interesa tu desgracia, porque desde el momento en que te ví he sentido en mi alma una pasion vehemente, un amor sin límites que hoy es ya tu única salvacion.

—¿Qué dices?

—Digo que te amo, que por tí olvido el amor á mi patria, olvido mis deberes, lo olvido todo. Tengo soldados; tengo fuerzas para luchar al lado tuyo contra tus enemigos, que son los míos, para ayudarte á realizar la mas atroz venganza que ha visto el mundo. ¿Quieres que perezcan todos? Quieres que con su sangre paguen los infortunios que han caido sobre tí? Una palabra tuya bastará; díme que me amas, que correspondes á esta pasion que siente mi alma, y yo uniré mis tropas á las tuyas; yo, inspirado por tu amor, destruiré

las fortalezas, asolaré los campos, clavaré un puñal en el mismo corazon del almirante y con mi cariño te haré olvidar las penas.

Y al decir esto quiso estrechar entre sus brazos á la india.

—¡Huye, miserable, huye! exclamó Anacaona, dando un salto hácia atrás, como la pantera que se ve presa y toma tierra para caer sobre sus enemigos.

—Anacaona. . . .

—Eres un malvado y ahora comprendo tus designios; pero si te acercas á mí, ó tendrás que matarme, ó morirás á mis manos.

—¿Estás loca?

—No lo estoy; pero me has engañado, no creo nada de lo que me has dicho, Caonabo vive, mi hija es dichosa. . . . Voy, voy á ver al almirante; él me dirá la verdad, porque es bueno.

Y al decir esto salió precipitadamente, y Mogica desesperado corrió tras ella.

—Capitan, capitan, gritaron al mismo tiempo algunos de los soldados.

—¿Qué ocurre?

—Roldan se acerca.

—¡Maldición!

—Ha sabido que estás aquí, y ha presumido la causa. Trae fuerzas considerables

—Huyamos entónces; yo le juro que pagaré muy cara la traicion que me ha hecho.

Y partiendo precipitadamente con los suyos, mientras Roldan llegaba al palacio de Anacaona y registraba todos sus alrededores, se encaminó á Bonao para pedir auxilio á Pedro Riquelme, á quien, como recordará el lector, habia nombrado alcalde el mismo Roldan.

—Nuestro antiguo jefe, le dijo, se ha vendido al gobierno;

es un instrumento ciego de la voluntad de Colon; por su culpa hemos perdido la ocasion de tener en Ojeda un jefe valeroso y esforzado. Resuelto á que los reyes ratifiquen las concesiones que le ha hecho el almirante, hace todo lo posible por aparecer leal á sus ojos; y como conoce á nuestros compañeros, como sabe sus madrigueras, nos persigue de muerte, y es necesario que nos unamos contra él.

— Sí, sí, dijo Riquelme; cuenta con mi ayuda.

Los antiguos rencores se despertaron.

Los rebeldes volvieron á reunirse con más furia que nunca, porque entónces al deseo de independenciam, unian el de venganza.

Mogica se encargó de salir al encuentro de Roldan, de luchar brazo á brazo con él y con los suyos, y de no detenerse, si vencia, hasta llegar á Santo Domingo para apoderarse del almirante.

Miéntas esta conjuracion se tramaba, se hallaba Colon en el fuerte de la Concepcion con muy pocos soldados.

Pero no tardó en saber la mina que se formaba á sus piés.

Habia sufrido demasiado para que no se agotase su paciencia.

Todos habian tomado la bondad de su carácter por pusilanimidad

En la corte le perseguian sus enemigos.

Los mismos reyes rasgaban los tratados que habian hecho con él, y ultrajaban su nombre y eclipsaban su gloria.

En la colonia se habian rebelado contra su autoridad aquellos que más beneficios habian recibido de él.

No era posible resistir más tiempo aquella tiranía de las masas.

En el colmo de su desesperacion, alentado por Bartolomé que veia con pena el acrecentamiento de la insurreccion, re-

solvió castigar ejemplarmente á aquellos miserables, y olvidando toda clase de consideraciones, se decidió á pacificar para siempre la isla con vigorosas y enérgicas medidas.

Sabia que Roldan avanzaba hasta el paraje en donde se ocultaban los rebeldes para vengarse de Mogica, y con siete criados de su confianza y tres escuderos, todos bien armados, abandonó de noche el fuerte de la Concepcion y se encaminó cautelosamente á la residencia de los rebeldes, que, confiados en el secreto de su plan y en la debilidad que suponian en el almirante, no habian tomado precaucion alguna.

Colon los sorprendió.

En medio de su turbacion se apoderó de Mogica y de algunos otros de sus cómplices, y ántes de que pudieran aperibirse de lo que pasaba á sus secuaces, los llevó prisioneros al fuerte de la Concepcion.

Si tarda un dia más en adoptar aquella actitud enérgica, nada más cierto que su ruina.

Riquelme pudo escaparse, y poniéndose al frente de los sediciosos, acordó libertar á los prisioneros y descaradamente apoderarse del mando de la isla.

En vano habló la piedad al alma de Colon.

Mogica habia sido un traidor, y necesitaba ser castigado.

No bien llegó á Santo Domingo para aprestar lo necesario á fin de sofocar la nueva insurreccion, cuando tuvo noticia de la llegada de Anacaona, que iba á quejarse á él de Mogica y á preguntarle si eran ciertas las noticias que éste le habia dado.

Colon no quiso arrebatat la esperanza á la pobre mujer, y las desmintió.

Para convencerla más y más, al mismo tiempo que para castigar al culpable y escarmentar á sus cómplices, mandó que fuese Mogica colgado del asta bandera del fuerte de la Concepcion.

Ni aun el mismo reo creia que se llevaria à cabo aquella sentencia.

La idea que todos tenian del almirante hacia suponer que no tendria bastante energìa para consumir aquel castigo.

Pero ya no podia retroceder.

Sofocando la piedad, mandó terminantemente que se cumpliera la sentencia.

Roldan, en tanto, combatia con los rebeldes y procuraba apoderarse de ellos, no sin dificultad, porque la mayor parte de sus soldados le abandonaban.

No habia sonado, sin embargo, para él la hora de la expiacion.

CAPITULO LXXIX.

Indignacion y severidad



El almirante, viendo el esfuerzo que hacian los rebeldes, que en tumulto habian penetrado en su morada mandó à la guardia que cargara sobre ellos y que à viva fuerza se apoderaran de Mogica.

Durante largo rato Mogica y sus cómplices se defendieron, empero el jefe de la guardia se lanzó sobre él y cogiéndole la espada con la mano derecha, le empujó fuertemente con la izquierda, enseñándole la órden de Colon para que procediera à su prision.

Pocos momentos despues Mogica fué encerrado en un calabozo, el cual quedó convertido en capilla, y al ver el peligro que le amenazaba, confiando en el poder de sus secuaces, que le habian abandonado:

—Yo no quiero morir como un perro, dijo; si está decretada mi muerte, lo cual es una iniquidad, de la que dará el almirante cuenta à Dios y à los reyes, al ménos que me conceda el derecho de confesar mis culpas y de recibir la absolucion de un ministro de Dios.

—Los traidores no pueden ser cristianos, dijo Colon; pero no importa que se confiese.

Y le envió un misionero à la capilla.

Cuando le vió llegar decayó su ánimo por completo.

Aquel hombre que habia tenido bastante valor para rebe-

larse contra la autoridad, para aclamar á una porcion de foragidos y llevar con ellos la desolacion y el luto á todas las comarcas de la isla; aquel hombre que más tarde habia aspirado, en un momento de soberbia, á concitar á todos los rebeldes contra Colon para matarle, si era preciso, se mostró amedrentado, abatido, y durante su confesion, mostró el miedo que tenia á la muerte, prolongando su relato, empezándole varias veces de nuevo, haciendo tiempo, en una palabra, para ver si los suyos llegaban á salvarle.

Pasadas algunas horas en inútiles esperanzas, viendo que su muerte se acercaba, fué miserable hasta el último momento.

En vez de confesar sus culpas, quiso que alcanzara su pena, no sólo á sus secuaces, sino á las mismas personas que habian sido fieles, y acusándolos á todos, esperó que le acompañarian al suplicio.

No era posible soportar aquella indignidad.

—Basta de consideraciones, dijo el almirante. Subidle á la muralla de la fortaleza, y arrojadle desde ella para que muera como un villano.

La orden fué obedecida, y el malvado Mogica expió de aquel modo su horrible crimen.

Todos los colonos se atemorizaron.

Hasta los mismos rebeldes, al descubrir aquella energía, que no esperaban de Colon, se acobardaron, y esto fué causa de que cayeran en poder de las tropas leales muchos de ellos, y de que se decretara su muerte sin formacion de causa. Pedro Riquelme, y muchos de sus compañeros fueron apasionados en Bonaó y conducidos á Santo Domingo.

Los que quedaron libres corrieron á refugiarse en Xaragua, y no tardaron en ser arrojados de allí, porque el adelantado por un lado y Roldan por otro, los perseguian con la mayor actividad, y hasta la historia cuenta que cada uno de ellos

llevaba un misionero, para que apénas cayera uno en su poder, lo confesasen inmediatamente para ser pasado por las armas.

No con todos se empleó esta severidad.

En gran número fueron conducidos á los calabazos de Santo Domingo, y á casi todos se les formó causa.

Este cambio que se habia operado en la política del almirante influyó poderosamente en la realizacion de sus planes.

Los que luchaban entre echarse en los brazos de la rebelion ó permanecer á su lado, optaron por lo último; muchos de los rebeldes se entregaron, y los mismos indios, cuya obediencia estaba relajada, se apresuraron á pagar el tributo.

Colon pudo restablecer la paz y el orden respecto á los que le obedecian, y castigó á los que, confiando en que aún podrían arrebatarse de sus manos á Guaorocaya y á Mayabonex, se mostraban rebacios en el cumplimiento de sus deberes.

Sin embargo, unos y otros se decian en silencio, que la conducta de Colon era abominable, que habia ensañamiento en sus sentencias, que la actitud que habia tomado era peor que la que ántes tenia, y aunque todos le obedecian, aunque todos le respetaban, aunque habia adquirido gran prestigio sobre aquella masa de hombres insubordinados, no habia uno solo de ellos que no deseara volver á España, ó al ménos que enviásen los reyes otro gobernador.

Pero los resultados que obtuvo el almirante no pudieron ser más satisfactorios.

Los indios, no solo obedecian, sino que se apresuraban á convertirse al cristianismo y adoptaban los trajes de los europeos.

Los españoles cultivaban las tierras, y todo hacia creer que muy en breve volveria la prosperidad á la isla, que podría Colon consagrarse de nuevo con tranquilidad de espíritu á los descubrimientos que proyectaba.

Esta trasformacion fué atribuida por el almirante, que no olvidaba nunca sus sentimientos religiosos, á la voluntad de la Providencia.

Algun tiempo ántes, cuando se veía amenazado por la desobediencia de los indios, por la situacion de los rebeldes; cuando creía haber perdido el favor que disfrutaba en la corte, cayó en un profundo abatimiento.

En una de sus cartas refiere este gran hombre que durante una noche, en la que no pudo cerrar los ojos, oyó una voz que le dijo estas palabras:

«Hombre de poca fe, nada temas ni te apures; yo te protegeré.»

El espíritu habia cumplido su palabra.

Por un instante dejó de atormentarle su enfermedad.

La esperanza le sonrió de nuevo.

Hallábase, pues, muy satisfecho de su triunfo en el fuerte de la Concepcion.

Bartolomé perseguía con Roldan á los rebeldes en Xaragua.

Su hermano Diego desempeñaba las funciones de gobernador en Santo Domingo.

Los restos de la sedicion desaparecian.

El aura de la libertad se respiraba en la isla.

Todos aseguraban un porvenir risueño, cuando la mañana del 23 de Agosto del año 1500 descubrieron los habitantes del puerto de Santo Domingo dos carabelas, que aguardaban un viento favorable para calar.

Diego corrió á las embarcaciones, creyó que conducirían víveres, y hasta se figuró que hallaría á bordo á su sobrino Diego, á quien también esperaba con ánsia el almirante.

Mandó inmediatamente una canoa para que se acercase á los buques, y el emisario á quien confió este encargo no tardó en volver con noticias que alarmaron á todos.

En aquellos buques iba un comisionado de los reyes de España con el objeto de hacer una investigacion acerca de los últimos sucesos que habian tenido lugar en la colonia, y con la autoridad suficiente para imponer castigos á los culpables.

La actitud del comisario régio no podia ser más enérgica.

Aquel suceso debia tener gran trascendencia en el porvenir de la isla y en la suerte del almirante y sus hermanos.

Vamos á ver ahora quién era este personaje que llegaba con tan ilimitados poderes, cuáles eran los móviles que le guiaban, y por efecto de qué circunstancias iba á destruir la obra que tan supremo esfuerzo habia costado al almirante.

CAPITULO LXXX.

Bobadilla.

GRANDE era la habilidad que desplegaba el obispo Fonseca para satisfacer el odio que habia despertado en él el almirante.

En primer lugar, habia proporcionado á Briviesca una entrevista con los reyes.

En ella, aquel hombre taimado é intrigante, presentándose con humildad à los monarcas, se habia quejado amargamente del desacato que en su persona habia hecho á los reyes el almirante.

—Yo era allí, dijo, un ínfimo empleado; pero al fin y al cabo representaba al gobierno de sus majestades. Sin embargo, me ultrajó, y pasando á vías de hecho, me arrojó al suelo y estuvo á punto de matarme.

Yo hubiera podido oponerme á sus ataques, pero miraba en él á un protegido de mis reyes, y le respeté.

Para indemnizarle de aquella desventura, por indicacion de Fonseca obtuvo un empleo lucrativo y honroso.

No contento aún con esto, logró por medios hábiles que Margarite y Bernal Diaz de Pisa fueran indemnizados de los perjuicios que habian sufrido con posiciones ventajosas que les proporcionaran los medios de continuar en su empresa.

Ademas cada uno de los buques que llegaban á España traian cartas para Fonseca, en las que le pintaban con horri-

bles colores la situacion de la isla y el despotismo de sus jefes.

Estas cartas contrastaban, bajo el punto de vista de las esperanzas, con las que escribia el almirante.

Pero coincidian con ellas en la descripcion del angustioso estado en que se hallaban los españoles y los negocios de la colonia.

Fonseca, pretextando que no queria ocultar nada á los reyes, les leía las cartas de sus agentes, y despues de leerlas disculpaba á Colon.

—Natural es que esto suceda, decia; es débil de carácter por un lado, por otro se ha hecho muchas ilusiones, y al ver que no las realiza natural es que pague con los que están á sus inmediatas órdenes.

Este trabajo de zapa iba destruyendo poco á poco en el ánimo de los monarcas el afecto que tenian á Colon, sobre todos en el rey, que empeñado en otra clase de luchas, deseaba que el Nuevo Mundo le facilitase recursos para triunfar en ellas, y veia que, por el contrario, necesitaba consagrar á todas horas el escaso tesoro de la nacion para enviar recursos à los que, segun sus promesas, debian inundar de oro á España.

Fonseca procuraba ver á todos los españoles que regresaban, so pretexto de enterarse de su situacion, y como todos se quejaban, se apresuraba á darles limosnas ostensiblemente, y hacia que se presentasen á los reyes para pedir que se les abonasen las pagas que no habian recibido é implorar su caridad.

Tuvo la corte que trasladarse á Granada para sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras, y este suceso coincidió con la llegada de los rebeldes.

Muchos de ellos, aleccionados por los agentes de Fonseca

se dirigieron á la residencia de la corte, y vestidos de harapos, manifestando una miseria que en realidad no experimentaban, cuando salian los reyes en litera ó á caballo corrian á su encuentro, imploraban su caridad y alegaban que habian estado en el Nuevo Mundo, que habian perdido su fortuna, que habian vivido en la miseria, y que no habian podido allí permanecer por la tiranía de Colon y su hermano.

Aquello era un continuo semillero de disgustos, que aumentaba la desesperacion de los reyes y les ponía á punto de retirar toda su proteccion al almirante.

Fonseca aprovechó una circunstancia para influir contra Colon en el ánimo de la reina, que era la que más le estimaba.

—Cuál debe ser la situacion de la colonia, dijo á la reina, cuando Colon, que es tan humanitario, se ha visto precisado á permitir á muchos de los españoles que han vuelto, traer indios esclavos.

Esta noticia indignó á la reina.

—¿Esclavos?

—Sí, señora; y no es eso lo peor, sino que algunos de ellos han traído esclavas víctimas de su seducción, no pocas en cinta, y algunas con hijos de los españoles.

—Eso es una iniquidad; no puede ser, Fonseca.

—Y sin embargo, ved las cartas que recibo de Sevilla.

La reina leyó aquellos documentos, é irritada contra Colon:

—¿Quién ha dado derecho al almirante, exclamó, para regalar mis vasallos?

La misma reina habló á su esposo.

Los dos llamaron á Fonseca, y convinieron en que regresasen los indios en libertad á su patria, y en que se manifestase á Colon el desagrado con que habian visto los reyes aquel abuso que habia hecho de su autoridad.

Fonseca, que no queria revelar el odio que profesaba al

almirante, invocó los grandes servicios que habia prestado á la corona y propuso otros medios más templados, más suaves, para averiguar la verdad, y ver hasta qué punto habia aconsejado la necesidad á Colon aquellos actos, que tanto debian repugnar á su carácter.

Las últimas cartas que recibieron de Colon proporcionaron á Fonseca el medio de realizar sus designios.

Pedia el almirante una persona de probidad y de talento; un hombre sabio en leyes, que pudiera desempeñar las funciones de juez.

Asimismo rogaba que se nombrase un árbitro imparcial para que dirimiese sus cuestiones con Roldan.

—Nada más fácil que satisfacer sus deseos, dijo Fonseca; pero como no merece grandes sacrificios la isla, para evitar gastos, conviene que una misma persona desempeñe dos cargos.

El rey aprobó la idea, la reina accedió á aquellas medidas, al parecer templadas y decorosas, y como siempre, se encargó á Fonseca la eleccion de aquel funcionario.

—La persona que designe, se decia Fonseca, tiene que reunir grandes condiciones. Debe ser ambicioso, y poseer en grande dosis la vanidad.

El obispo Fonseca necesitaba que aquel funcionario realizase sus designios, pero sin aparecer cómplice suyo.

Desde luego fijó sus ojos en don Francisco de Bobadilla.

Desde la más ínfima clase de la sociedad habia llegado este hombre á desempeñar el empleo de oficial de la casa real, y era ademas comendador de una de las órdenes militares.

Era orgulloso, vano, impaciente, tenia sed de riquezas y la esperanza de desempeñar el puesto de Colon, de alcanzar los títulos y los honores que él habia alcanzado, eran muy suficientes para que llevase á la isla, envuelto en su deseo, todo el odio que hacía el almirante sentia el obispo Fonseca.

Le designó á los reyes y éstos se apresuraron á otorgarle sus poderes, si bien se aplazó varias veces el viaje por efecto de las complicaciones de la política interior del reino.

En los poderes que le confirieron, decían, refiriéndose á la queja dada por el almirante contra un alcalde y otras personas que se habian rebelado:

«Asimismo le mandamos informarse de lo antedicho, averiguar quién y cuáles personas fueron las que se levantaron contra el dicho almirante y nuestro investigador, y por qué causa; y qué robo y otras injurias han cometido, y además extender su investigación á todas las otras materias relativas á las premisas, y despues de averiguar quién es el culpable, cualquiera que sea su categoría, secuestrar sus bienes, procediendo despues civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos á que se hallan hecho acreedores.»

Posteriormente se dieron otras cartas, dirigidas, sin nombrar á Colon, á los consejeros, justicias, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de las islas y tierra firme, dándoles cuenta del nombramiento de Bobadilla, ó informándoles de los ámplios poderes de que iba revestido.

Entre las facultades que se le concedían, es notable, por más de un concepto, la siguiente:

«Es nuestra voluntad, decía, que si el dicho comendador Francisco Bobadilla creyese necesario, para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen y no vuelvan á residir en ellas, y que vengán y se presenten ante Nos, se lo puede mandar hacer así en nuestro nombre, y obligarles á partir; y á quien quiera que así se lo mandare, por la presente ordenamos que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas ó recibir de Nos otra carta ú orden, y sin interponer ape-

lacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, etc., etc.»

Con fecha también 21 de Mayo se mandaba á Colon y á sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y demas propiedades al gobernador don Francisco Bobadilla, amenazándoles con las penas en que incurren los que se niegan á obedecer á sus soberanos cuando los mandan entregar fortalezas y otros puestos de confianza.

Al comunicar á Colon estas órdenes, solo le daban los soberanos el título de *Almirante del Océano*.

Finalmente, otra carta, fechada en 26 de Mayo, dirigida al descubridor del Nuevo Mundo con el único título de *Almirante*, solo era una credencial para que acatara y reconociera como enviado por los reyes de España á Bobadilla.

En honor de la verdad, es lo cierto que las cartas segunda y tercera solo tenían el carácter de provisionales, no debiendo hacerse uso de ellas sino en el caso extremo en que Cristóbal Colon y sus hermanos mereciesen ser relevados de los cargos que desempeñaban en el Nuevo Mundo.